

—¡Casa llena!

—Poco menos hasta ahora; pero se volverá la gente.

—¡Bien te has movido!

—Como siempre, hija, como siempre; por darte nombre, por elevarte hasta el zenit. ¿Qué trajes has sacado?

—Para el primer acto la enagua parda.

—¡Dios me asista!

—Es el que he sacado siempre; como en el primer acto todavía soy una campesina.....

—¿Y qué tenemos con eso? ¿no ves que la visualidad es lo primero? este es un público nuevo y debo hacer tu presentación con todo el aparato y la grandiosidad artística que.....

—Pero si soy una lugareña, y hasta el segundo acto no empiezo á ser la marquesa de.....

—Todo eso está muy bueno; pero ¿y la visualidad en la presentación? ¡Figúrate como te va á caer la lluvia de oro y alumbrar la luz de Bengala vestida con la enagua parda!

—Tú tienes la culpa por haber elegido esa pieza.

—Sí; pero contando con que aparecerías con el gran vestido color de rosa desde el primer acto.

—En fin, tú eres el director y saldré como quieras.

—Con el gran vestido.

—Así lo haré.

Gervasio y María se pusieron á acomodar la ropa en un gran cesto, que bien pronto estuvo repleto con los trajes, las pelucas, los útiles de tocador, las palomas, la edición de los sonetos, el ejemplar de la comedia, los papeles y otra porción de menudencias.

Romero corrió á la contaduría, y después al foro, y en seguida á su casa; y á medida que se aproximaba la noche desplegaba más y más actividad.

La calle del teatro estaba iluminada con luminarias, y de las cornisas del pórtico pendían flámulas, banderas, y guirnaldas de flores, y tocaba alegres vales una estrepitosa música militar frente á la fachada del edificio.

A las siete de la noche ya Romero y María estaban en su cuarto del vestuario, y la función iba á comenzar á las ocho y media; hora en que el respetable público acostumbra concurrir al espectáculo, á pesar de todos los anuncios y de todos los prospectos de Romero.

Ya en los palcos próximos al proscenio y en la galería estaban convenientemente colocados los encargados de la ovación con que al público se le iba á hacer creer que se entusiasmaba; había además repartidos algunos individuos que habían adquirido localidad sin más estipendio que la obligación de aplaudir furiosamente á Romero y á la primera dama cada vez que aparecieran.

La orquesta tocó la overtura de la Primavera, de Beristain, porque Romero había encargado á los músicos que todas las piezas fueran obra de mexicanos, agregando que él velaba constantemente por las glorias de su patria.

Por fin se levantó el telón: la concurrencia no era tan numerosa como Romero se

lo había esperado; pero á la hora de su presentación el teatro se vino abajo según él lo había previsto; se presentó María y hubo lluvia de oro, dianas, palomas, ramilletes y sonetos.

La ovación fué espléndida.

Al caer el telón Romero mandó abrir la puerta del foro y abrió también la de su cuarto para recibir las felicitaciones de sus amigos.

Entrar al foro es una especie de privilegio que se disputan muchos individuos del público.

Hay quien haga alarde de tener amistades entre bastidores; y esta visita, que en lo general es de las más insustanciales, pasa por una calaverada.

Los pollos se deslizan burlando la vigilancia del portero, y penetran al foro para ver los bastidores por detrás: otros entran diciendo con estudiada socarronería.

—Vamos á ver lo que se pesca.

Generalmente éstos no son pescadores. Otros se han hecho adrede amigos del

director; y otros van tras los encantos de la dama; todos entran para hacer algo y salen, generalmente, sin hacer nada.

Si alguna peripecia ocurre entre bastidores, si se trasluce alguna poridad, salen del foro los visitantes como los vendedores de noticias extraordinarias, á contar aquello á los del salón.

Esto era lo que esperaba Romero.

—Muy bien, señor D. Gervasio María; me ha hecho usted llorar.

—¡Oh amigo! contestaba Romero, ese es el arte; pero se mata uno, se mata uno en este trabajo!!.....

Y esto lo decía Romero limpiándose el sudor, que no tenía, y finjiéndose más fatigado de lo que estaba.

—Perfectamente! entraba diciendo otro amigo de D. Gervasio; hacía tiempo que no veíamos esta pieza tan bien representada.

—¡Gracias, gracias! qué quiere usted ¿el estudio y catorce años de pisar las tablas, esto es trabajar, amigo; yo me presento con orgullo verdaderamente artístico, ante mi

querido público. ¿Han notado ustedes el servicio de la escena? todo propio, todo adecuado, todo en su lugar.

—¡Ah! sí, desde luego se conoce la mano maestra del director.

La escena no tenía nada de particular.

—Ya verán ustedes ese segundo acto. ¡Dios mío! ese segundo acto era para actores de fuerza.

—Dicen que Valero se fatiga mucho en este drama.

—Lo creo, este drama no es para Valero, se necesita..... en fin, ser artista.

—Se felicita á usted, D. Gervasio, dijo desde la puerta un español.

—Gracias, amigote, pase usted á descansar.

—¿Y la señora?

—Se está arreglando.

—Sea en hora buena. Iba á decirle que ni en Madrid he visto esto.

—Buenas noches, dijo un joven entrando, sombrero en mano.

—¡Hola! amiguito, cómo vamos?

—Soy Fuentes.

—¡Ah!

—El poeta de Santa María.

—¡Oh! amiguito; no le esperaba á usted por acá.

—Qué quiere usted, me dí mi escapada.

—De quince leguas.

—Si señor.

—Vaya, señor Fuentes; y qué tal? ya ví sus versos de usted; yo no merezco tanto: amigo es usted muy bondadoso.

—¡Mis versos! dijo Fuentes abriendo los ojos y figurándose que se trataba de los versos que le había dado secretamente á María, en el día de campo.

—Sí, hombre, los sonetos que han arrojado esta noche, ¿no son de usted?

¡Ah! si señor, yo.....

—Ya lo decía yo; bien conocí el estilo y la elevación, ó más bien dicho, mi María que es tan inteligente, es la que me hizo notar que los sonetos debían ser de usted.

—Señor Romero.....

—Nada, nada de modestias, amigo; lo

bueno siempre es bueno; y á la verdad es hermosísimo esto de *Perla del arte de sin par oriente*..... ¡Oh! eso es magnífico; y el otro de *Salud, rey de la escena*..... Muy bien, amigo mío, muy bien; le envidio á usted su talento; yo en mi vida he podido hacer un verso.

—Pero en cambio sabe usted decirlos.

—¡Ay amigo! el estudio, catorce años de pisar.....

En este momento salió María.

Todos se pusieron en pié.

Don Gervasio hizo la presentación.

El poeta Fuentes le tendió la mano á su amiga.

—¡Oh! señor Fuentes, ¿usted por aquí?

—Aquí lo tienes, dijo Romero; ya lo felicité por los sonetos.

—Yo me supuse en el acto que eran de usted.

—Señorita.....

Ya se deja entender que Fuentes, no cabía en sí de satisfacción.

Don Gervasio Miguel Romero del Campo

siguió levantando la frente con orgullo, hasta el momento de revisar, las cuentas en la contaduría del teatro.



CAPÍTULO XII

EN EL QUE EL AUTOR
SE PERMITE UNA DIGRESIÓN SERIA Y
DE ACTUALIDAD

L arte dramático es como el metal, destruye el molde en que se funde. Pesa no sabemos qué fatalidad sobre los actores, que los hace exhibirse de día bajo fases poco favorables en lo general para toda la larga familia que constituye la andante comiquería.

Es necesario conformarse con ver á los cómicos nada más sobre las tablas, porque si levantais indiscretamente uno de los telos